

Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay engaño. (Sal 32:1-2)

La historia humana, de la cual inevitablemente somos participantes, inició bajo la contaminación de la culpa, la cual cotidianamente se manifiesta en el hecho de sentirnos culpables acusados por la conciencia, por cosas que hacemos o dejamos de hacer; nuestros padres, Adán y Eva, no conocían lo que era esto, sino hasta después de ser engañados por el padre de la mentira; a partir de este momento cada ser humano traído a este mundo ha entrado en él infectado por ella; la culpa no es sino el estado caído del hombre revelado por el despertamiento de su conciencia ante la transgresión, la cual consiste en haberle retirado la fe a su Creador, que los mantenía ligados a él, dándosela a su enemigo. No debemos pasar por alto que nuestros primeros padres no conocieron física ni emocionalmente la experiencia de la niñez; esto es lo que explica la gracia que Dios da a los niños al exentarlos de culpa directa, confirmado esto por la declaración de Jesús al decir que *de los niños es el reino de los cielos* (Mt 19:14); y que si hay quien alaba perfectamente a Dios son los niños (Mt 21:16); aún más, diciendo a los hombres que *si no os volvéis, y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18:3); luego, no faltando a su carácter misericordioso nos da a entender que todos nacemos inscritos en el libro de la vida, del cual puede borrar a quienes se mantengan en rebeldía contra él (Apoc 3:5); ahora bien, el gran misterio es en qué momento un niño deja de serlo y tiene que enfrentar la responsabilidad de retornar a esa niñez perdida cuando Dios mismo le muestra el cómo hacerlo; esto es, humillándose delante de él, reconociéndolo como el único Dios vivo y verdadero que se manifestó en carne en su Hijo Jesucristo, quien apareció para deshacer las obras del diablo (1 Jn 3:8); esto no es otra cosa que volver la fe a Dios y recibir de él la bienaventuranza de ya no ser culpables ante su presencia, porque la transgresión original y todo lo derivado de ella ha sido perdonada.

Debemos visualizar lo terrible de la culpa, de tal manera que lleguemos a entender que es ella lo que nos aparta de la paz (que es el mayor tesoro emocional y espiritual que podemos tener), y que nosotros mismos consciente o inconscientemente, buscamos sobre quién ponerla para aliviar la propia conciencia; con toda seguridad nuestra padre Adán manipuló a Eva recordándole vez tras vez que ella fue la iniciadora de todo el mal, cuánto más al ver a su hijo Abel asesinado por su propio hermano; sin duda que esto es lo que ocasionó que la mujer heredara opresión sobre sí de parte del hombre (1 Tim 2:11-14); y así, el hombre ha vivido buscando "chivos expiatorios" que nunca resuelven el problema intrínseco de la humanidad, el cual no es otra cosa que una deuda contraída con Dios, quien sabiendo que aunque es una deuda constitucional ella está sobre nosotros (Rom 5:19); la culpa directa ha permanecido siempre por rechazar la solución que él ha puesto delante del hombre: CREER que sólo él tiene con qué pagarla, nosotros con nada la podemos cubrir, así lo expresa David en el Salmo 143:1-2.

Ahora bien, todo hombre que ya goza de la bienaventuranza del perdón no estará exento de seguir enfrentando a los acusadores, el que va a la cabeza es el mismo diablo (Apoc 12:10), quien no descansa ni de día ni de noche; en seguida los hombres engañados que se dejan manipular por él para perseguir con acusaciones a sus semejantes, no obstante que digan que profesan la misma fe; el mismo apóstol Pablo tiene que exhortar a los corintios para que no se vuelvan jueces de sus propios hermanos, mostrando paz en esta exhortación al saberse absuelto por Dios mismo; quiero parafrasear sus palabras escritas en 1 Cor 4:3-4 de esta manera: *Ni en lo más mínimo tienen ustedes la capacidad de juzgarme, ni cualquier tribunal de hombres, más aún, ni yo me juzgo a mí mismo, porque aunque mi conciencia está tranquila, no es esto lo que me justifica, sino en que mi Señor me ha declarado justo por la fe.* Bien exhibido deja aquí al inseparable enemigo, el YO, es decir la carne; el cual constantemente nos quiere llevar a la autocondena, y éste sólo puede ser mantenido a raya por la fe en el que nos ha declarado justos por su justicia, esto es, Cristo en la cruz. Este estado es el del hombre en cuyo espíritu el engaño no prevalece.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava